

Arone-Ru Gumas López¹

El rol mediador de la memoria entre “el ser” y “lo vivido” en *Tejas Verdes* de Hernán Valdés.

Su dificultad e imprecisión

Universidad de Chile

arone_ru_gumas@hotmail.com

El tiempo es olvido y es memoria.

Vitor Ramil

El libro *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*² de Hernán Valdés es una obra, definida por su propio autor, como un testimonio “aguafiestas”, ya que la sociedad chilena, embelesada por el presente y el futuro, ha dado la espalda a su pasado, el cual se ha transformado en un triste y negado fantasma, que ronda la hipócrita “normalidad” nacional. Esto es lo que da a entender el autor en el prólogo a la publicación chilena de su novela, originalmente publicada en España y escrita con el formato del diario de vida. Testimonio que nace como un desahogo y una denuncia de los terribles delitos que se estaban cometiendo en el país, al alero del Gobierno, el cual era dirigido por la Junta Militar.

Tejas verdes. Diario de un campo de concentración en Chile, es escrito al calor de la memoria y es publicado en España en el año 1974, mismo año en el que el escritor Hernán Valdés abandona el país y vive la traumática experiencia que se relata en el libro; el cual cuenta el mes que pasa detenido en el campo de detención y tortura de la DINA: *Tejas Verdes* —el que se

¹ Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica con mención Literatura de la Universidad de Chile y candidata a

² Se citará a partir de la edición de 1996.

encontraba entre el camino a Llo-Lleo y San Antonio y dicho balneario en el Litoral Central—estaba organizado en tres patios de detenidos; dos de incomunicados, donde eran separados los hombres de las mujeres; y el patio de los prisioneros ya interrogados, los que se encontraban rodeados, en cada extremo, por torres de vigilancia; a los costados de éstos se encontraba el patio de los militares que custodiaban y se encargaban del campo de detención y tortura. Descripción hecha por medio de un dibujo o plano del lugar, que nos es entregado en el libro y que se encuentra en la página que antecede el comienzo del relato.³ Elemento paratextual, que sirve como guía para el lector, el cual, se pierde en el ir y venir de la vertiginosa narración, que es también el vértigo de quien vivenció los hechos.

Experiencia que encierra una serie de elementos y recursos literarios que asombran por su riqueza y crudeza. Recursos que intentan hacer decible lo indecible, de manera siempre restringida, puesto que metáforas, alegorías, entre otras figuras, no logran dar cuenta de la experiencia vivida por el narrador en su totalidad.

A lo largo de la narración se intenta relatar de la manera más fidedigna posible lo que vivió el escritor chileno, entre el 12 de febrero y 15 de marzo del año 1974. El primer día se relata la vida que -hasta entonces- llevaba el autor, quien describe su relación —recientemente acabada— con Eva, parte de su departamento, y el allanamiento del mismo, y su posterior traslado a lo que pareciera ser una comisaría en la que permanece atado de pies y manos a una silla y encapuchado en la oscuridad con una cantidad indeterminada de otros detenidos. Narración que desde la primera línea deja entrever la voz del mismo Valdés, lo que se relaciona con la no ficción del discurso testimonial que propone Leonidas Morales, puesto que este narrador correspondería a aquellos donde el sujeto de la enunciación remite a la persona “real”, con existencia civil, cuyo “nombre propio”, cuando los textos son publicados, suele figurar como “autor” en la portada del libro que los recoge (ver Morales, *La escritura*). Hecho que parece aún más claro al notarse la forma en que está escrito el texto, la que corresponde al diario de vida:

³ El plano se encuentra en la página 18, y especifica la orientación geográfica de Tejas Verdes, además de los detalles de los alrededores y lugares cercanos; plano que no acompaña a la primera edición española.

Martes, 12 de Febrero de 1974.

¿Qué hago exactamente aquí, en casa, a las 6,30 de la tarde? De un modo coherente no podría explicárselo a nadie. Espero que pase el tiempo, que mueran las horas. (Valdés 19).

Autoría personal que se confirma en la nota preliminar que acompañaba la primera edición del libro en Chile en el año 1996: “Este libro fue escrito hace 22 años, en Barcelona, donde aterricé gracias a una invitación obtenida por mi amigo Manuel A. Garretón, tras salir yo del campo de concentración de Tejas Verdes.” (3; el subrayado es mío, A.R.G.L.). Primera persona, que denota las características confesionales del texto y que se repetirán a lo largo de él.

Pero este “yo”, es un yo que se diluye y se desconoce, que es enfrentado con su propia miseria y que a la vez da cuenta del fracaso de un proyecto colectivo; el proyecto País, que tras la ocupación militar se vio truncado:

El golpe ha deshecho toda clase de relaciones, y los residuos flotantes de esta catástrofe nos hemos encontrado para construir otras, insólitas, precarias. Pero a veces también obsesivas, absorbentes, como un modo de compensar íntimamente las formas de expresión y acción sociales hoy destruidas. Así, hombres y mujeres que hace poco tiempo nos habíamos encontrado con nuestras parejas en un plano amistoso o de trabajo, hoy, desvinculados, nos descubrimos de pronto en una cama, extrañados de esta intimidad y de este insospechado amor que hemos hecho como remedo de aquel en el que estamos pensando, imposibilitado por la muerte, por el exilio, o por el caos general. (19).

De allí que el protagonista de los hechos y su vida, puedan ser leídos como sinécdoque del fracaso de toda la nación:

Estaba solo, todos los vínculos sentimentales estaban rotos, todo trabajo normal imposibilitado; salía y regresaba decenas de veces para constatar el deterioro de ese hermoso lugar que había sido nuestra casa. [...] Tenía tan poco que defender cuando llegaron. (32).

Fracaso del que se buscará una razón repetidas veces a lo largo de la narración, para lo cual se dará cuenta de la vida pasada hasta ese tiempo, vida pasada a la que se acude, también al calor de una memoria, en ese momento alterada por la irracionalidad de lo que vive Valdés junto, incluso, a los otros detenidos:

Hablar desde aquí de todo eso como una realidad esfumada, como de una situación histórica única dilapidada por el temor, suena a pesadilla; pero más todavía reconocernos a nosotros mismos, en la medida en que hablamos como sobrevivientes de esa realidad. Porque, si logramos salir de aquí alguna vez, ¿qué seremos si no? En el mejor de los casos, individuos aislados, ocupándonos oscuramente de mantener nuestras vidas. Melancólicos de lo que no supimos hacer con la historia. (69).

Éste es el retrato identitario que el narrador y protagonista hace de sí mismo, que se define en la medida de su situación actual, es decir, su ser persona, la que se ha definido en los términos del “he vivido y he sido” parte de tal o cual acontecimiento histórico, de quien a pesar de no tener afiliación política partidista, simpatiza con el proyecto de la Unidad Popular. Proyecto político que fracasa, por lo cual se deja ver que la identidad del protagonista se enlaza con su forma de pensar el proyecto país, en palabras de Devés (37): “La identidad como memoria debía incidir en la manera de pensar la nación, a la vez debía incidir en la manera de pensar y proyectar la integración regional”; lo cual es una manera de reflexionar al conjunto, por lo cual, lo que se ve en la cita y a lo largo del texto, es una forma de pensar el colectivo por medio del trabajo de la memoria.

Según lo que hasta el momento se ha venido exponiendo es posible adelantarse a asegurar que el sujeto, en la medida de la vivencia de la experiencia en el campo de tortura, cuestiona su “ser” y su “estar” en el mundo, sometiendo, por medio del uso de la memoria, a un juicio de valor su experiencia total de vida, la cual se ve trastocada o más bien anulada en el acto de “espera” o más bien “un estar aquí” lleno de dudas y ansias:

Hago un esfuerzo muy grande para redescubrir mi personalidad, mis conocimientos, mis informaciones, mis temores más definidos, para organizar un mínimo sistema de defensa. Pero no encuentro nada, apenas uno y otro fragmento. (112).

Es claro que el “yo”, el “ser” del autor se va diluyendo:

No puedo razonar. Todo lo que me propongo como pensamiento se transforma en ensoñaciones, en visiones tortuosas y escalofriantes. Me silban los oídos, mi piel empieza a desaparecer bajo la barba. No doy conmigo, no sé lo que soy exactamente después de todo lo que ha sucedido. No tenía nada allá afuera, no tengo nada que recuperar, imaginativamente, aquí adentro. Pero no quiero pensar en eso, no puedo, mi conciencia no admite otra noción que la de estar-aquí-esperando. (72).

La identidad se difumina, se pierde y con ello el pensamiento de sí también se borrea, “quedamos mirándonos, como huérfanos de la realidad, como seres irreales cuyo destino está olvidado o en suspenso en algún centro indiscernible de la nueva y caótica burocracia policial” (95).

Tal vez, como forma de materializar lo irreal de la experiencia, la imposibilidad de organizar lo sucedido a pesar del trauma, si queremos –y con riesgo de cometer una falacia– como forma de organizar el trauma; y decir al fin lo indecible, representar lo irrepresentable del vértigo del terror, la duda, la negación de la existencia y la imposición de normalizar dicha experiencia, es que es el diario el formato que escoge el escritor como forma de documentar, de manera ficcional –no está demás señalarlo– la experiencia vivida. Ficcional, porque es muy difícil que Valdés guardara de manera tan fidedigna los acontecimientos acaecidos cada día narrado.

Esta serie de elementos, característicos del acto de recordar, presentes en la obra *Tejas Verdes* de Hernán Valdés poseen distintas dificultades a la hora de abordarlos, tanto por la presencia de elementos de ficción, propios de la novela –género al que ésta pertenece– como por los componentes históricos o más bien testimoniales. Testimonio que encaja con el discurso que

parásita a la novela; como bien propone Morales al decir “El testimonio tiene una sola posibilidad de ser actualizado dentro de la institución: como discurso parasitario, o incorporado, es decir, desplegado por, y en el interior de, alguno de los discursos genéricos existentes” (Morales, “Género” 171-172),⁴ ello porque el testimonio no responde a la historicidad de los géneros literarios sino más bien es transhistórico “ya que no lo afectan las variaciones históricas de su contenido” (Morales, “Género” 171).

Ambos, género y discurso, abren la pregunta con respecto al espacio y rol que tiene la memoria en la construcción del relato, como fuente histórica en la que se sostiene la veracidad de lo contado. Espacio y rol que determinan la visión de mundo del protagonista (y narrador) y su comprensión de la realidad, la cual intenta aprehender, pero que además lo construyen identitariamente, al llevarlo a cuestionarse su “ser” y “estar”.

De allí que el acto narrativo que se sostiene en el acto de recordar y de construir, por medio de su narración los hechos acontecidos, se comporten como uso de la memoria, puesto que su testimonio se configura como sustento de memoria, la que no sólo se entiende como “[f]acultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado”⁵, sino también como sostén de la conciencia de sí y de otros, que es dada o ejercida por un sujeto, y que se transforma en mecanismo activo de la configuración de los seres humanos, en cuanto a la capacidad de éstos de rememorar los hechos y de transformar las experiencias vividas en soporte “teórico” o “experiencial” que construye visiones de mundo y formas de respuesta (ver Gumás López). Esta es la definición que aceptamos de memoria a la hora de abordar el estudio de la obra *Tejas Verdes*, y que es posible de detectar, cada vez que el protagonista pone en evidencia el uso de su “maquinaria experiencial”, de sus recuerdos, para poder dar respuesta, enfrentar o simplemente sobrevivir su “ahora”.

Memoria que además se emparenta con la historia, como propone Eduardo Devés, aún siendo la primera de un carácter más íntimo ya que “reside preferentemente en lo oral” (ver

⁴ En este ensayo el autor propone al testimonio no como un género en sí, sino, más bien, como un discurso parasitario del género.

⁵ Primera acepción de la definición de memoria que da la RAE en <www.rae.es>.

Devés), mientras la segunda se institucionaliza al fijarla, por lo cual ambas colisionan, al querer influir una en la otra. Es de este tipo la relación presente en el testimonio de Valdés, quien hace uso de la Literatura, al fijar su relato; el que sabemos verídico. Monumentalización –si se quiere– de la memoria en su obra, en la que se da cuenta –más que con un afán, por una necesidad– de la relación que existe entre ésta y la literatura.

Literatura, que muchas veces resulta ser un instrumento analítico, que permite y posibilita al sujeto para insertarse en un análisis histórico mucho más profuso, que lo que la historia misma logra articular. Ello, porque la literatura es un lugar donde confluyen vivos y muertos, voces impugnadas y disgregadas, y no es un mero monumento a una voz de consenso sobre lo que ocurrió, o más bien “pudo haber ocurrido”. Tal vez por ello muchos autores concuerdan en que la literatura es capaz de dar cuenta de una manera más global de los procesos históricos, e incluso, logra conformar imaginarios nacionales; es el caso de Hayden White y Roland Barthes, entre otros, quienes también han establecido de que forma estos discursos se relacionan con el poder.

Para ejemplificar algunas de las propuestas de este discurso, nos adueñaremos momentáneamente del epígrafe que acompaña uno de los artículos de la académica María José Bruña, de la Universidad de Salamanca: “La historiografía, el más realista de los géneros literarios, es como la teología según Borges una rama de la literatura fantástica”. De hecho White propone, que también la historia narrativa se puede considerar como legítima, distinta eso sí, de la legitimidad científica o histórica ya que ella es portadora de una verdad sustancial, expone el intelectual, pues:

La historiografía narrativa puede muy bien, como indica Furet, “dramatizar” los acontecimientos históricos y «novelar» los procesos históricos, pero esto sólo indica que las verdades de que trata la historia narrativa son de orden diferente al de las de su contrapartida científica social. (White 62).

Este caso aplica a la novela histórica y otros relatos basados en hechos reales, así también lo hace con el testimonio, aunque, para la cuestión, resulta no ser del todo certero en el caso del

testimonio, ya que en él existe *per se* la legitimación de la historia que se narra, como contenedora de un saber y de una experiencia genuinos.

Testimonio que como indica Ricœur, relata lo que se ha visto y se ha vivido. El testigo es el autor de esta acción: “es quien habiendo visto u oído hace una relación del acontecimiento” (Ricœur, *Texto* 14), lo que encaja con lo expresado por el autor en la nota preliminar a la edición hecha en Chile, en la que Valdés declara:

Fue el primer testimonio de su género, y entiendo que el único, no panfletario que expresó una experiencia personal de la represión. [...] El autor no pertenece a ningún partido, no es miembro de ninguna institución, por lo tanto “no representa”, dentro de la mentalidad política chilena, una experiencia política corporativa o colectiva. Su experiencia es individual, no la sufrió ni en nombre del sindicato ni del partido; lo que le ocurrió fue pura “mala suerte”. A lo que hay que agregar que su visión del proceso chileno es crítica, y su conducta antiheroica. Y lo que es peor: crítica fundada en su pura subjetividad. (4.)

La insistencia en la individualidad de la experiencia es decisora, porque señala, además de lo obvio, el contenido histórico del texto, pero de la historia no oficial, de aquellos sucesos que no son de conocimiento público, porque los que manejan el poder desean que sea así.

El contenido y los elementos históricos son gravitantes en el texto, y son una de sus características primordiales, no hay duda de ello, puesto que el escritor nos presenta la pequeña historia acallada –muchas veces desaparecida– del Chile torturado de los primeros años de la dictadura. Se construye entonces como el narrador de una “historia otra”, de su historia, que no ha tenido más versiones que este único intento; y que no es más que el resultado de, en su caso, la “mala suerte”. Pero además, y ya lo hemos señalado, el narrador da cuenta de como se diluye su identidad y como una nación se divide y rompe, a la vez que se oculta y desentiende.

Es su historia, la historia de los sujetos que lo acompañan en el hacinamiento y estaba en el campo de tortura, desde su punto de vista, desde “el calor de la memoria” que dota a lo narrado de matices y diferencias del suceso real, porque expresa “su experiencia personal”. Lo que hace que la memoria se convierta en un recurso de la historia narrativa, por lo que sufre el mismo

procedimiento de ficcionalización que la historia que se relata, historia que proviene del recordar. Por tanto, la historia ficcionalizada se presenta como procedimiento para la construcción de esa mirada otra y de esa historia “extraoficial”, que reconstruye quien escribe, las que no logran acceso a las formas de manifestación “objetiva” del historiador. Lo que convierte su historia en una suerte de historia ficcionalizada, la experiencia se fija al calor de las resignificación de los hechos que realiza el autor, y no de documentos objetivos, sino de evidencia empírica, es la voz del que escribe, quien es a la vez, quien recuerda y rememora; que es finalmente el proceso que separa a la historia de la literatura –asunto que no podemos perder de vista– y que sirve de mecanismo de “clasificación”. Por lo que el testimonio es Literatura, no Historia, y como tal posee elementos ficticios. Ficción que es entendida para estos efectos como la propone White, como un proceso de destilación y conversión de las experiencias, las cuales dotan de un significado a los acontecimientos “reales”. Tal es el caso del narrador de *Tejas Verdes* quién intenta dotar los sucesos –reiteradamente– de sentido, para dar una respuesta a ese constante ¿por qué estoy aquí?, que se repite una y otra vez en la narración de Valdés; “una sola obsesión: por qué me han detenido, que quieren de mí” (32).

Pero además de la búsqueda del sentido de su detención, el acto de narrar (y por lo tanto el recurso ficticio) es también denuncia en Valdés. Y para elaborar dicha denuncia, se incluyen y revelan una serie de datos geográficos, sociales, fechas, personajes, situaciones, etc. Entre los que se encuentra el plano del centro de detención, su ubicación, las narraciones de sus compañeros, como la de Don Ramón:

Don Ramón contaba eso sin ningún resentimiento, como hechos lejanos que ocupan fantásticamente su memoria, todavía admirado de su participación real en ellos. [...] Lo que recordaba con mayor emoción era el desfile de las delegaciones de todo el mundo dentro del estadio desbordante, él, con la bandera chilena, marchando ante las aclamaciones de esa multitud. (64-65).

Narración que es realizada por un narrador omnisciente, que sabemos testimoniante y a la vez testigo, que provee los datos faltantes del protagonista de la historia que éste relata. Narrador

que a pesar de incluir recursos estéticos y figuras retóricas y literarias a lo narrado, se esmera en buscar los datos precisos y en construir verazmente lo que ha contado: “Un conocedor de la historia de los juegos olímpicos me hizo ver, tras publicado el libro, que ningún chileno de esas características participó en los juegos de Berlín” (66). Componentes que se conjugan y conforman una biografía no oficial del Chile de la dictadura, que se sitúa en el “entre lugar” de la Historia y la Literatura. Donde se entremezclan la biografía personal, los hechos vividos, de él y del otro, la imaginación, la narración, todo está inextricablemente ligado. Por lo cual, no pueden venir de otro lado, que no sea de quien vivenció dichas experiencias, y que ha conservado y resignificado todos estos elementos en su memoria. Resignificación que es convertida en acusación y denuncia por Valdés, donde la memoria de la cual da cuenta es la fuente de su creación literaria.

Pero la memoria es también una ficción, bien dice Herta Müller (Premio Nobel 2009), al proponer:

La memoria es un terreno muy complicado. ¿Qué significa el recuerdo? ¿Quién se acuerda de qué? Cuando la gente recuerda lo mismo, muchas veces los recuerdos son muy distintos, porque los recuerdos son individuales, son propiedad privada, los construimos en la propia cabeza. Mientras uno experimenta las cosas no tiene tiempo, además, de reflexionar sobre lo que pasa. Y el recuerdo viene de la memoria, pero también de las heridas, los daños que uno arrastra consigo. Y también nos pueden obligar a recordar; es como un estado en el que uno se encuentra. Por eso el recuerdo no es un relato que uno va buscando libremente, el recuerdo también es algo torturante. (Cit. en Dimopulos).

Es esta elaboración la que se plasma en la escritura de Valdés, la cual desde este punto de vista, es una construcción propia de la mente. Y por ello es que se puede decir que su obra es memoria. La cual ha pasado por un proceso de reelaboración (que corresponde a la ficción, ya se ha dicho) y se presenta como una exhortación de aquellas heridas y padecimientos, propios y ajenos, y de una serie de acontecimientos, que son considerados relevantes por el escritor.

Es de su afán de justicia e intento de entendimiento de lo que ha vivido, que se puede entender la existencia de éste testimonio, el cual es escrito por la necesidad de denuncia y de memoria lo que concuerda con lo planteado por Paul Ricœur (“De la memoria” 121): “El deber de la memoria es el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí.” En base a eso, no es sólo la historia y el relato por el relato, los elementos que animan la narración, sino más bien la memoria de estos hechos, como medio para construir esa historia que busca, en alguna medida, reestablecer la dignidad y la existencia de lo torturado y lo negado. Y así se pone de manifiesto en el prólogo de Valdés de la segunda edición española (1978) de la novela:

Pretende seguir siendo un instrumento de denuncia permanente de aquella obscena brutalidad –resumida ya con el nombre de dictadura, ya de fascismo, según los gustos del oprimido- que la derecha en peligro se siente obligada a practicar de tiempo en tiempo, aquí o allá, para detener la historia. [...] En Chile particularmente, en el futuro que se nos pacta, nada augura que no hayan de gozar de una tranquila vejez. Esa brutalidad del fascismo, y especialmente la complicidad de las fuerzas que en un momento determinado constituyen su base social, son fenómenos que tienden, un tanto intencionadamente, a ser olvidados. Este libro quiere presentarse también como un pequeño obstáculo para la puesta en marcha de tal olvido. (9-10).

Prólogo en el que se deja en manifiesto, de voz del propio escritor, parte de las motivaciones que lo llevaron a fijar su memoria en este libro. Además de plasmar su intento por dar la voz al otro, al que compartió su experiencia, al colectivo de hombres y mujeres que sufrieron torturas y vejámenes de parte del poder de turno:

De dar una voz a experiencias personales y al mismo tiempo colectivas recién vividas que corrían el riesgo de petrificarse bajo cifras más o menos globales de víctimas, de asfixiarse por el peso de los adjetivos de la información periodística. La información, como pasa a veces, aun sin proponérselo, ocultaba a los verdaderos protagonistas del drama. (7).

Afirmación que se contradice con lo expuesto por Valdés en la nota que acompaña la edición de 1996 y que se ha anotado más arriba. Hecho que nos pone ante dos recursos del que echa mano el autor: la memoria individual y la memoria colectiva.

Memoria individual, que corresponde a aquella que como procedimiento conlleva acordarse de algo, que a la vez, es “acordarse de sí” (Ricoeur, *Texto* 19), puesto que el sujeto, cuando recuerda, se encuentra a sí mismo en el recuerdo, no sólo al objeto de memoria, ya que “me acuerdo de mí mismo, de lo que hice, cuándo y dónde lo hice, y que impresión sentí cuando lo hacía” (Ricoeur, *Texto* 132), de allí que sea la memoria un acordarse de sí mismo. Este procedimiento lo encontramos en Valdés, quien testimonia las sensaciones, angustiosas o felices que le han dejado eventos y personajes. Y quien expresa esa memoria y la introduce en la narración, recreando el escenario en el que transcurren los sucesos, y que es más patente al abordar el relato en su formato de diario de vida, y cuyo clímax se hace presente en el relato de la tortura que sufre Valdés en manos de militares. Tortura que es la experiencia y la vivencia (con terror y dolor) de lo propio por antonomasia,:

Hay un brevísimo silencio y luego siento un cosquilleo eléctrico que me sube hasta las rodillas. Grito, más que nada por temor. Me insultan, como escandalizados de mi delicadeza. Siento un desplazamiento de aire al lado mio y alguien me da, con toda la fuerza de que es capaz un brazo, un puñete en la boca del estómago. Es como si me cortaran en dos. Durante fracciones de segundo pierdo la conciencia [...] no encuentro el aire. El pecho me salta, las costillas son como una reja que me oprime, no queda nada de mí sino esta avidez histérica de mi pecho por tragar aire.

–¿Cómo te llamai? [...]

–Her-nán Val-dés –logro soltar en varios espacios. (116-117).

Memoria que utiliza como mecanismo para realizar una denuncia, denuncia del dolor propio, de la tortura a la que su persona, Hernán Valdés, ha sido sometida:

Me atan de cada pie y me tiran los brazos hacia atrás, atándome también de las muñecas. Mi cuerpo queda muy estirado. No puedo hacer el menor movimiento. Me dispongo otra vez a morir, pero ahora sin

imágenes. Vacío, en blanco. Sólo la noción de cuerpo vivo que va a morir, Ponen una especie de anillo o dedal en mi sexo. [...] entonces me introducen algo bajo la lengua y una mano me cubre la boca. La descarga estalla simultáneamente en la lengua y en el sexo. Me desgarró los hombros al tratar de contraerme. No pierdo la conciencia. El dolor corresponde por una parte, a una mutilación. Es como si me arrancarían el sexo de raíces, como una dentellada que me deja abierto y, arriba, en la boca, como una explosión que volara toda la carne, que dejara los huesos de la cara y del cuello al desnudo, los nervios petrificados, en el vacío. Es más que eso, no hay memoria del dolor. (27).

No hay memoria, y no hay palabras en Valdés, para poder recordar y relatar la desfragmentación de su cuerpo, que se vuelve dolor y metáfora de esa experiencia. Se diluye su ser con la experiencia y ambos son anulados brevemente, que por medio del relato parece ser una eternidad. Tiempo suficiente para abrir y vulnerar al sujeto, en su ser, su estar y su memoria, como aparato experiencial.

El uso de la memoria individual es recurrente en la literatura, muchas personas escriben lo que han vivido, pero es imposible aislar los hechos de la vivencia del otro. Valdés se pasea por estos dos polos de manera constante, pasar del “yo” íntimo y vejado, al nosotros como colectividad es recurrente en su texto:

A media tarde oímos la llegada del camión y nos disputamos un lugar en las ranuras. Pronto aparecen los nuevos detenidos. Sólo alcanzamos a ver algunos cuerpos, [...] nos sentamos, hablando de cualquier cosa, como si no supiéramos nada. [...] nos acercamos ofreciéndole los pedazos de pan que hemos guardado – nuestra reserva para entretener el hambre en la noche. (88).

Es más el yo se funde con el otro y se convierte en un solo sujeto, un “nosotros” que actúa como un todo, como un sólo cuerpo que se siente a sí mismo como un todo, que incluso es capaz de reconocerse distinto a los “detenidos recién llegados”. Es por medio del narrador, que se articulan estos segmentos fragmentados, estas vivencias propias y ajenas, dentro del texto. Por lo

que la memoria se yergue como relato y como ordenación. Convirtiéndose en una reconstrucción de lo hechos del pasado, en un sólo discurso, que es del individuo y del colectivo.

Pero este proceso de recordar, que es realizado por una primera persona singular y por una primera persona plural, por un “yo” y un “nosotros”, no es sólo un recordar para sí. La memoria, que se convierte en testimonio es una construcción para otros, es un “panfleto” de retazos de historia, contruidos desde su visión y remembranza, que se hace también para un público lector. Pero Valdés al transformarlo en diario de vida, lo convierte también en un recordar para sí, un hablarme a mí mismo; lo que busca hacer partícipe al lector de la intimidad de lo relatado por quien escribe, además de documentar, por medio de la emulación de un diario, y denunciar, por medio del testimonio.

Es innegable el hecho de que la voz autobiográfica contenida a lo largo de la narración, y el proceso de recuerdo de aquella memoria individual, se enlaza también con los recuerdos de otros, los que se configuran como una memoria colectiva del pueblo chileno, y que hace partícipe al lector a reconocerse en esta historia alternativa a la oficial:

Sólo está la imagen de Allende, en la noche, hablando desde un balcón de la Moneda y mostrando al pueblo los héroes militares que habían «vencido» a sus compañeros precursores del golpe. (123).

Lo cierto es que han conseguido degradar a la mayoría de nosotros. Han conseguido producir una conducta regresiva, infantil, indecente a veces. Las proposiciones “si salgo vivo de aquí” tienen condicionantes poco variadas: “en la vida me vuelvo a meter en política”, “no volveré ha hablar más huevadas”, “lo único que quiero es estar con mi mujer y los niños. (110).

Tratamos de aislarnos en el compartimento de la derecha. Acerca de la gentileza de la izquierda durante el periodo pasado y la violencia de la derecha en el presente. Nos desespera no entender aún esta incoherencia. Mil veces comenzamos, hablando de ese pasado, los si esto, si lo otro... todo habría sido diferente. Si solamente los que conocían el peso real de la amenaza nos hubieran hecho concientes, como pueblo, de nuestra precisa responsabilidad, y si hubiéramos sido traídos aquí por defenderla, todo esto sería casi aceptable. Pero estar aquí como los segmentos de una confusa, inofensiva izquierda atomizada [...] (89).

Todos acontecimientos en los que se puede reconocer al militante o simpatizante de aquella izquierda fragmentada, y sucesos que pueden haber sido más o menos frecuentes, y en los que se puede reconocer, e inclusive, situar como testigo o protagonista más de algún sujeto.

Pero, si ya se ha planteado que la memoria es una elaboración personal, propia de cada individuo, resulta paradójico concebir la idea de una memoria colectiva. Una idea descabellada, para estas alturas del análisis. Sí, puede ser. Pero en estos tiempos en que la memoria, como política de no olvido, está en auge, los críticos que avalan la existencia de una memoria colectiva son múltiples, así como el número de detractores de ella. Por lo que intentaremos exponer, brevemente, qué es lo que se entiende por memoria colectiva, cuales son sus dificultades al momento de abordarla, de manera de llegar a un consenso, con respecto a la forma en que se manifiesta y se construye.

Uno de los críticos que ha popularizado y puesto en boga el término de memoria colectiva ha sido Maurice Halbwachs, quien la define como un cuadro de semejanzas que es común a un grupo y que no se extiende de manera externa a ellos, como la historia, expresándose de manera continua a lo largo de la vida de los sujetos. Elementos que se encuentran presentes en los fragmentos recientemente citados, y que contribuyen a una identificación por parte de un número masivo de sujetos que han experimentado situaciones de vida similares o que simpatizan con una ideología común, como es el caso de la adhesión al proyecto de la U.P. y la sensación común de fracaso frente a su derrota.

La definición que da Halbwachs, podría eso sí, prestarse a equivocaciones, puesto que puede producir lecturas ambiguas, como la idea de la existencia de una elaboración interior común entre distintos sujetos. Hecho que a todas luces, después de todo lo que se ha expuesto, sería inadmisibles. Ello, porque no es posible concebir la propuesta de que un evento pueda ser registrado por la subjetividad de un individuo -quien tiene toda una carga identitaria única y que se ha desarrollado en un contexto específico de vida, el cual es irrepetible- de manera coincidente a la de un tercero, quien interiorizaría dicho acontecimiento de igual forma que el primero, es decir, entregándole ambos, igual valor a la experiencia vivida.

Pero una forma de dar claridad a este hecho, es a partir de la noción, de que para recordar necesito de otros. Lo que se esclarece cuando anotamos que la memoria individual ocurre, se basa, en la experiencia de sí y en las enseñanzas que se han adquirido de otros. De la misma manera en que el sujeto se recuerda (reflexivamente) en contraste con otros.

Por lo tanto, es posible sostener la idea de que es en el grupo donde se cohesiona el recuerdo con el de un tercero, por lo que el individuo puede, efectivamente, elaborar una representación colectiva. Ello siempre que se parta del supuesto de que, cuando rememoro, me pongo en contacto con la conciencia del grupo en el que me sitúo en aquel pasado, es decir, que por medio del proceso de recordar, vuelvo al grupo. Desde este hecho, es factible aceptar la idea de que una colectividad construye sus recuerdos de una manera particular, en un momento histórico dado. Lo que posibilita reconocer la capacidad de entidades colectivas de recordar y de conservar recuerdos comunes. Puesto que la memoria al enmarcarse en contextos sociales, puede provocar un encuentro con otras memorias. Contacto que provoca que hechos que han afectado a la sociedad en su conjunto, convoquen un diálogo entre la subjetividad de los sujetos, o una memoria colectiva. En ese sentido esta construcción mnemotécnica colectiva, respondería a lo planteado por Elizabeth Jelin (7):

Para fijar ciertos parámetros de identidad (nacional, de género, política o de otro tipo) el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con “otros”. Estos parámetros, que implican al mismo tiempo resaltar algunos rasgos de identificación grupal con algunos y de diferenciación con “otros” para definir los límites de la identidad, se convierten en marcos sociales para encuadrar las memorias. Algunos de estos hitos se tornan, para el sujeto individual o colectivo, en elementos “invariables” o fijos, alrededor de los cuales se organizan las memorias.

En relación a ello, se puede desprender, que lo que se llama memoria colectiva corresponde a una construcción, la cual se “elabora” a partir del consenso de una colectividad, sobre acontecimientos significativos para el grupo, por lo cual, aceptamos la definición que Ricœur hace de la memoria colectiva:

La memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas. (Cit. en Jelin 5).

Este consenso, tendería a provocar una “historización” y un reconocimiento del grupo en los hechos narrados, por medio de lo cual se lograría fortalecer el sentido de pertenencia de la colectividad, al adherir a dicha representación y con ello construir o más bien reforzar, la confianza en sí mismos al verse parte de una realidad, en la que no están solos, y desde la que son reconocidos. Éste es el procedimiento que elabora Valdés en parte de su narración, puesto que reivindica –al menos desde la escritura, al narrar su historia– a un grupo marginado de la oficialidad, en situación de N.N., al prestarles una voz, para que se descubran las atrocidades y el olvido en el que se encuentran sumidos; dando existencia a sus memorias, dificultades, encuentros, reflexiones y padecimientos; narrando los sucesos que expone en su relato y que son susceptibles de ser reconocidos y admitidos por una colectividad, como veraces.

Para concluir se corrobora la presencia de la memoria individual, proveniente del recordar de Valdés y de la memoria colectiva, que se establece como la memoria del grupo humano retratado y reflejado en el texto y la conjunción de ambas en la construcción de la narración y las identidades en ella contenidas. Lo que transforma al relato en un elemento que resignifica la función de la literatura, puesto que la convierte en documento que expone una situación cruda, una violación a los derechos del hombre, y la puesta en evidencia de los vejámenes y torturas utilizadas por un grupo de poder. Vulneraciones que se prolongan a un grupo humano mayor, que sabe que las historias narradas no son las únicas y que hay más por venir. Lo que lo convierte en denuncia y en un grito que clama justicia y explicaciones. Además de contribuir a conformar la identidad humana de aquellos desaparecidos, de aquellos que se levantan en un clamor de justicia y de exigencia de sus derechos.

Bibliografía

Bruña, María J. “La ficcionalización de la historia en la obra de Carlos Fuentes”. <<http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/17-1/brugna.pdf>>. 83-93.

Devés Valdés, Eduardo. “Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90.” *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Tomo III. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2004. 31-38.

Dimopulus, Mariana. “Herta Müller, Premio Nobel 2009. Lengua, país y memoria”. *Ñ Revista de Cultura* Sábado 3 de abril 2010: 6.

Gumas López, Arone-Ru. “El narrador como punto de articulación de la memoria personal y colectiva en la ciudad de ‘Quiltra Lunera’ en *De Perlas y Cicatrices* de Pedro Lemebel. (O el recuerdo de ‘Los locos que aún andan sueltos en la urbe’)”. Tesis para optar al Grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica mención Literatura. Santiago: Universidad de Chile, 2010.

Halbwachs, Maurice. “Memoria colectiva y memoria histórica”. *Revista Sociedad* 12 (1998): 191-201

Jelin, Elizabeth, “¿De qué hablamos cuándo hablamos de memoria?”. <www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/JelinCap2.pdf>.

Mazí, Jorge. “Memoria Colectiva del Golpe de Estado de 1973 en Chile”. *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology* 38.2 (2004): 153-169.

Morales, Leonidas. *La escritura de al lado: géneros referenciales*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio. 2001.

Morales, Leonidas. “Género y discurso: El problema del testimonio”. *Mapocho* 46 (1999): 167-176.

Ricœur, Paul. “De la memoria y de la reminiscencia”. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003. 17-20.

Ricœur, Paul. *Texto, Testimonio y Narración*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1983.

Valdés, Hernán. *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*”. Barcelona: Editorial Ariel, 1974.

Valdés, Hernán. *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*”. Barcelona: Editorial Laia. 1978.

Valdés, Hernán. *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*. Santiago de Chile: LOM Ediciones. 1996.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*.
Barcelona: Ediciones Paidós. 1992.